

EL IDEAL POLÍTICO.

REDACCION Y ADMINISTRACION.

Plaza de Fontes, núm. 4, cuarto segundo de la derecha.

JUSTICIA, RELIGION, LIBERTAD.

PRECIOS Y PUNTO DE SUSCRICION.

Marcia, 6 rs. trimestres; fuera, 8 id. id. En la Administracion de este periódico.

Año IV. Se publica en Marcia los dias 5, 10, 15, 20, 25 y 30 de cada mes. Num. 366.

EL IDEAL POLÍTICO.

Marcia 5 Diciembre 1874.

Por lo especial que nos ha parecido el siguiente artículo de nuestro apreciable colega «La Epoca», lo publicamos hoy en lugar preferente.

«Tenemos muy justas quejas de un sugeto al que suele llamarse «sentido comun» y no hemos de callarlas.

En serio habiamos pensado exponerlas, investigando el papel que al sentido comun cabe en el movimiento politico, procurando diferenciarle del buen sentido, que es cosa diversa, y comparándole con la filosofia y con la ciencia, pues ahora tenemos tiempo para todo, y no pudiendo ocuparnos ni en las cuestiones de la guerra, ni en las relativas al ejército o a la marina, ni en las de Hacienda, ni en las crisis o modificaciones del ministerio, ni aun como probables, ni en ninguna de las enumeradas en el largo catálogo que ha publicado «La Igualdad», claro está que aquel tema nos habia de venir como de molde.

Pero estamos enojados con el sentido comun y no le juzgamos ya digno de un examen a fondo. Sabiamos que sus caracteres son tales, que no sirve jamás para descubrir la verdad, contentándose, a lo mas, con indicar donde está el error; sabiamos que era negativo como las soluciones politicas que ahora se usan, porque no afirma, ni responde, ni da señales de vida sino a la manera de ciertos animales de sangre fria cuando se les mata o se les hiere. Sabiamos que era igual en todos los hombres, que no admite grados, que lo tiene lo mismo el polinesio que el europeo, el malo que el piel roja, de modo y manera que al individuo que carece de él se le llama «insensato.» Sabiamos que no ha evitado ningun error, que no ha impedido ningun absurdo, puesto que a pesar de él y de estar por igual repartido entre todos los hombres, se han establecido las castas en la India, el despotismo en Asia y en otras partes, los sacrificios humanos y otras cien aberraciones. Sabiamos que no ha engendrado ningun progreso, puesto que es incapaz de iniciativa, siendo su papel meramente pasivo; por lo que todo progreso es hijo de la reflexion y de la ciencia, no cabiéndole en él al primero participacion alguna. Mas a pesar de estos caracteres y condiciones del sentido comun (que no debe ser confundido con el buen sen-

tido ó *recta ratio* que es el equilibrio de las facultades), todavia esperabamos de él mucho mas, por lo visto, de lo que puede y de lo que presta. Si nos sirve para impulsar, nos deciamos, al menos servira para preservar; si su papel es pasivo, en cambio formula una protesta cuando se le ofende, se cubre de púas como el erizo cuando al un riesgo le amaga, se encoge como ciertos insectos cuando se le amenaza. De aqui nuestro desencanto y nuestro enojo. Hoy sabemos por muy larga experiencia, que el sentido comun ni es activo ni pasivo, sino un término medio, como si dijéramos, una interinidad entre ambas cosas; que no preserva ni guarda, que es falsísima máxima *non bis in idem*, fundada en él mismo, puesto que vamos al individuo y a las colectividades incurriendo y veinte veces en los mismos errores, sin que sirva de nada la experiencia. En una palabra, hemos perdido la ilusion de que el sentido comun era un gran elemento conservador, como la ciencia y la filosofia son agentes del progreso; y de hoy mas tratándose de nuestra patria, no se nos dará un bledo oír decir que dicho personaje ha dejado de funcionar, ó que ha desaparecido, puesto que cuando le poseáramos de nada nos sirvió y no supo ni pudo evitar que en la vida politica incurriésemos en faltas, que acaso han evitado los tungos y los polinesios.

Perdonen nuestros lectores esta diatriba contra el sentido comun. Somos enemigos de las reputaciones usurpadas, de las posiciones no merecidas, y no pasadía que no nos suministre una prueba de que esa facultad (de algun modo hemos de llamarla) que se supone en todos los hombres, de la que se asegura que abarca mas que la razon, aunque penetra menos, que percibe muchas cosas, aunque sin claridad, ó no existe desde hace mucho tiempo en la mayoría de los españoles, ó si existe, es tan pasiva, tan pasiva, que no les sirve para maldita de Dios la cosa.

Pongamos, pues, los términos en su lugar y consignemos la ausencia de aquel elemento politico conservador que algunos han llamado «sentido comun historico.» Si existiera, ¿cómo habia de ser todo posible en nuestra patria? ¿cómo habia de equilibrarse y confundirse todo? ¿cómo el absurdo habia de pasar plaza de razon, la tirania mezclarse con la democracia? ¿cómo, sobre todo, habiamos de ver amontonarse unas sobre otras las vaguedades y las negaciones, como los témpanos de hielo en los mares del polo?

Esta multitud de negaciones es, con efecto, el rasgo principal y ca-

racterístico de la situación que atravesamos. Cogemos en la mano «La Igualdad» o «El Imparcial» y hallamos consignada en ellos la negacion de la libertad de imprenta, en la interminable lista que han publicado de las cuestiones que la prensa debe de abstenerse de tratar. Leemos «El Diario Español» y encontramos que, hablando el lenguaje de la verdad a los radicales y republicanos, les prueba con excelentes argumentos, que contra ellos mas que contra los alfonsistas se ha pronunciado el *lasciate ogni speranza*; de manera que ya, ni los miércoles ni los jueves, ni dia alguno de la semana volvera a ofrecernos la perspectiva de una modificación ministerial.

Pasamos la vista por «La Iberia», órgano ministerial, y las negaciones nos salen al paso en falange ó legión: ni de Francia, ni de Alemania, ni de Prusia, ni de la república, ni de los radicales, ni del alfonsismo puede venir, segun aquel periódico, el remedio a la situación lamentable en que yace la patria; y como por otra parte, aquel diario sostiene que lo actual es transitorio y que la dictadura no tiene el carácter de sistemática ni menos el de perpetua se deduce que el remedio no puede venir sino de la Providencia, sin auxilio siquiera de las buenas obras.

Véase con cuán justo motivo hemos increpado en este artículo al ocioso, inútil é invisible sentido comun. Que no se nos vuelva a decir que repugna el vacío, y que protesta contra el error. Lo creemos cuando lo vemos, y entretanto nos iremos acostumbRANDO a las negaciones y comenzaremos por negar ese mismo sentido comun del que todos hablan, y que ninguna prueba da en España de su existencia.

Hoy 5, segun decia nuestro colega «El Tiempo», parece debia ser el dia designado para marchar al Norte el Duque de la Torre.

Hay cosas que deben repetirse aunque sean harto sabidas.

El general Cabrera, antiguo caudillo de la guerra civil y hoy no adicto al Pretendiente, ha dirigido una cariñosa carta para que manifesten su grande interés por la salud del general Topete, antiguo favorito de la que fué reina de España y su familia.

El antiguo guerrillero carlista vé con satisfaccion, segun dice «El Gobierno», que el iniciador de la revolucion de Setiembre se halle fuera de peligro.

Nosotros tambien nos alegramos.

Nuestro estimado colega «La Epoca», al anunciar el voraz incendio que casi ha destruido el palacio de los marqueses de Bedmar en Madrid, se lamenta de que el cuerpo de bomberos no esté en la capital de España con todos los útiles necesarios para apagar los fuegos, como en otros países de Europa.

Nuestro apreciable é ilustrado colega «El Consultor de los Parrocos», en cuya respetable redaccion hay escritores profundos que han publicado folletos refutando el espiritismo, dice en su último número:

«Les Annales Catholiques» publica un importante artículo. lleno de datos muy curiosos, en el cual se hace ver que el espiritismo es una pendiente muy resbaladiza por la cual se rueda con sumafacilidad hacia la demencia. Y esto es y no puede menos de ser así. El espiritismo, ó no se toma por lo serio, ó es solo un criminal entretenimiento, ó se acepta formalmente, y entonces exalta la fantasía, atueña, hace que se pierda de vista el mundo real, excita el fanatismo, turba la razon y arrastra a los escesos consiguientes.

Así se verá que en el sistema espiritista todo revela desconcierto ó desequilibrio de la inteligencia. No hay nada que sea racional y claro, todo es absurdo y oscuro. Se habla de espíritus; pero de espíritus que en definitiva no son mas que la quinta esencia de la materia ó la materia misma. Se admite el mundo invisible pero se niega el orden sobrenatural que es lo mismo.

Se dice que en el espiritismo todo obedece a leyes naturales, y sin embargo, hay evocacion, y se rezan oraciones espiritistas para que Dios permita que se aparezcan los espíritus que se evocan. Se supone que todo es natural, y esto no obstante, se afirma que los espíritus pueden aparecer ó no aparecer, segun que quieran ó no, ó se les permita ó no. ¿Cuántas contradicciones!

Como los espiritistas viven siempre en los espacios imaginarios, todo en ellos es fantástico. Sus ideas religiosas son fantásticas, fantásticas sus doctrinas politicas y fantásticas sus nociones acerca del universo, ó de lo que, despues de negar que Dios sea creador, llaman la creación. Lo menos malo que hacen es hablar de los habitantes de la luna, como si en realidad los hubiese visto, ó de las reencarnaciones, como si alguna vez hubiesen conocido un hombre que antes hubiese sido mujer ó vice-versa. Fijándose bien en estas cosas, se comprenderá bien la razon que tienen los que afirman que el espiritismo lleva a la alucinacion y por la alucinacion al desconcierto de la inteligencia.

Mientras «El Imparcial» se atrevia a anunciar que las relaciones entre la Santa Sede y el Gobierno español adelantaban a un éxito feliz, «La Correspondencia» asegura que el Sr. Lorenzana dejará la re-